

## CAPÍTULO XVII

LA ESPERA DE D. JUAN.—PÉRDIDA DE LA GOLETA.—CAMPAÑA  
INÚTIL.—VUELTA Á NÁPOLES.—PROMONTORIO

Dos partes de igual entidad han de estimarse en la vida del héroe: una es el hecho, que dura poco, y en el cual pueden mucho la ocasión y el súbito arrebató; otra es la espera, cuya longura prueba el ánimo y le engrandece. Siguió á Don Juan su soldado Miguel en el hecho y, según su humilde posibilidad, le siguió asimismo en la espera. Uno y otro pensaban, sin pecar de interesados ni codiciosos, que en alguna manera se les debía recompensar por los hechos pasados y por la decisión de los futuros. A Miguel se le dieron tres escudos mensuales de ventaja, que cobraba tarde, mal y nunca. A Don Juan se le prometió algo, tal vez, y en las promesas confiado vivía. Aguijábale, intentando hacerle perder la calma, su secretario Juan de Escobedo, hombre en quien la sagacidad hermanaba con la osadía.—¿Quién sois vos, Don Juan?, le insinuaba sin palabras, con italiana sorna en el mirar y en el gesto. ¿Habéis pensado que, tras una tan grande victoria, aún no podéis ufanaros, como el duque de Sessa ó como el marqués de Santa Cruz, de la claridad y ranciedad de vuestro linaje? ¿Habéis comedido lo que os alcanzará de botín en esta batalla de la vida si vuestro regio hermano se os desazona ó si se muere? Infante de España debe ser, por lo menos, quien de nacimiento lo ha: soberano de Túnez quien por su propio esfuerzo lo ganó y pudo mantenerlo. Túnez es como una finca abandonada. Su dueño la adquirió en un envite de fortuna, poniendo á las tablas

lo mejor de su caudal, que era su vida. Ganada y, al parecer, segura, Carlos V la olvidó, por atender á otros azares del juego. Más avisado el turco que el español, no quisiera dejarla de la mano, y mientras Don Juan vacila, como todo héroe en espera, el turco se prepara.

Negociaba el activo Escobedo en Roma la concesión del título de Infante á Don Juan, y la autorización para alzarse con la monarquía de Túnez. El Papa, atento, sí, al interés de la cristiandad, pero temeroso de un desabrimiento de Felipe II, no se resolvía á aconsejar ni pedir nada. Trasladóse Don Juan á Gaeta, con intención de pasar á España, porque sabía que no era cosa de perder tiempo. En Gaeta recibió cartas del Rey, ordenándole que pasara á Lombardía, para atender á los disturbios ocurridos en Génova, y estar al tanto de las intenciones de Francia. En Spezia encontró á Marcelo Doria, con catorce galeras, las cuales iban á Cerdeña, para sacar de allí y poner á sus órdenes el tercio de Figueroa. Volvió, pues, en primeros de Mayo, Miguel á Génova, descansado el ánimo y pronto á nuevas y mayores aventuras.

D. Juan no estaba allí. Ocupado en una misión investigadora y diplomática, ajena á su carácter; escribía, desde Begeben, á 16 de Mayo: "Yo, señor, soy tan aficionado á las cosas de mi cargo, que holgara hartó más andar trabajando en la mar que no estar aquí no teniendo que hacer más de lo que agora, y creo que no fuera tiempo mal gastado, según veo que se va muy flojamente en la preparación de la armada, y lo que convendría que se pudiese en muy buena orden para poner freno á los enemigos..... y aunque yo he cumplido con esto, no basta para dejar de darme infinita pena los inconvenientes que de no haberse hecho podrían suceder. El parecer sobre lo de Túnez espero con mucho deseo, y así le pido muy encarecidamente que en caso que al recibir desta no se me haya enviado, se haga en hallándose en disposición para ello, que demás del servicio que á S. M. se hará, yo recibiré singular contentamiento".

Todas las prevenciones y advertencias de D. Juan resultaron inútiles. El principio político más claro de Felipe II era el refrán que dice: "ojos que no ven, corazón que no siente". Se hallaba él muy



lejos, material y moralmente, de Túnez, y sólo veía claro cómo crecía con estas cosas la gran figura de su hermano y amenazaba hacerle sombra más pronto ó más tarde. Si á cualquiera de las grandes empresas que por entonces se ofrecieron hubiese dedicado Felipe II el cuidado, la atención y amorosa vigilancia que puso en alzar el Escorial, otra suerte nos hubiera lucido: pero tal vez aquel hombre, mal comprendido y peor estudiado, se hallaba por cima del bien y del mal que los monarcas de ordinario conocen y distribuyen, y creía más dignas de atención las piedras muertas que los hombres.

Desesperábase D. Juan en los primeros días de aquel verano por lo despacio que iban los aprestos y armamentos, cuando supo que el valeroso y temible marino turco Uluch Alí había salido de Constantinopla con doscientas treinta galeras, treinta galeotas, cuarenta bajeles de carga y cuarenta mil soldados. El cuitado gobernador de la Goleta D. Pedro Portocarrero, que, sobre ser muy poco hombre de armas, sólo contaba allí con una menguada guarnición, avisaba, por su parte, que, según las noticias recibidas por él un día y otro, en toda Berbería se notaba gran movimiento y rebullicio de cábilas. El turco iba completando por tierra, con las feroces tribus berberiscas, nómadas y ávidas de botín, los preparativos hechos por mar. Conociendo su fin próximo, el sinventura D. Pedro Portocarrero, otorgó su testamento, el día 20 de Junio, en favor de sus hijos, que estaban á la sazón en Madrid esperando tranquilamente á que los turcos acabasen con la existencia del noble anciano para repartirse ellos sus bienes, á cuyo olor acudían ya nubes de usureros; y reparad cómo las desdichas grandes de un pueblo se enlazan con las pequeñas desventuras de una familia, y todo en la historia es drama ó tragicomedia, cuyos hilos rara vez se encuentran, pero una vez hallados enrédanse del modo menos esperable.

De la resistencia de la Goleta y del valor y fortuna de su defensor pendían los anhelos todos de Miguel. Si Don Juan llegaba á tiempo y derrotaba una vez más al turco, sobre alcanzar nueva gloria y coronarse tal vez por rey de Túnez, cual sus soldados tanto como él deseaban, Miguel no había de perder ocasión para

señalarse en la pelea, siquiera le costare la diestra mano, y ceñirse otra vez los laureles del triunfo, y lograr, de las dos glorias del mundo, la más apetecida por él. Y sin saber esto, allende el mar, en la corte madrileña, las hermanas de Cervantes aguardaban, como agua de Mayo, que el pobre defensor de la Goleta sucumbiese, lo cual sería señal de que ellas cobrarán cuanto les debían el perdido D. Alonso Portocarrero y su hermano *La Muerte*, á quien no menciona para nada en su testamento el desgraciado padre. Hilos como éstos, cruzados y encontrados, forman la trama de la vida, mayormente en épocas agitadas, y es gran tontería pensar que no somos nosotros los factores de la Historia tanto cuanto los grandes personajes.

Sino era de Don Juan y mala estrella de D. Pedro Portocarrero lo que había de suceder, sin que en este sino y mala estrella dejasen de entrar por mucho culpas humanas, ya hoy pesadas y medidas. Intentó Don Juan socorrer á la Goleta; pero, ni D. Juan de Cardona, desde Nápoles, ni D. Bernardino de Velasco, desde Sicilia, le enviaron fuerzas ni recursos á tiempo. Atacada la Goleta por tierra y por mar, tuvo que rendirse. Con palabras sencillas y conceptos de honda perspicacia política y militar cuenta el cautivo Rui Pérez de Biedma en el *Quijote* lo que Cervantes pensó después de lo que había visto ó entrevisto en aquella ocasión.

“Perdióse, en fin, la Goleta, perdióse el fuerte, sobre las cuales plazas hubo de soldados turcos pagados setenta y cinco mil y de moros y alárabes de toda la Africa más de cuatrocientos mil, acompañado este tan gran número de gente con tantas municiones y pertrechos de guerra y con tantos gastadores, que, con las manos y á puñados de tierra, pudieran cubrir la Goleta y el fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenida hasta entonces por inexpugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debían y podían, sino porque la experiencia mostró la facilidad con que se podían levantar trincheras en aquella desierta arena, *porque á dos palmos se hallaba agua, y los turcos no la hallaron á dos varas.*” Y al llegar aquí, ¿no reconocéis la vieja imprevisión española? ¿No se fiaron aquellos hombres de una mal hecha probatura, y ya



por eso consideraron imposible el ataque? ¿No percibís la ironía con que Miguel habla del asunto, su honda convicción de la torpeza que á todo aquello había presidido? "Y así — añade, — con muchos sacos de arena levantaron las trincheras tan altas, que sobrepujaron las murallas de la fuerza, y tirán doles á caballero (es decir, desde altura mayor que la de las murallas), ninguno podía parar ni asistir á la defensa." ¿No se inicia ya aquí un poco del desconcierto y barullo que lleva á todos los pueblos decadentes á no estudiar sus plazas fuertes ni lo que en torno de ellas hay? Pero ved cómo discurre Miguel acerca de esto: "Fué común opinión que no se habían de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña al desembarco; y los que esto dicen hablan de lejos y con poca experiencia de casos semejantes, porque se en la Goleta y en el fuerte apenas había siete mil soldados, ¿cómo podía tan poco número, aunque más esforzados fuesen, salir á la campaña y quedar en las fuerzas contra tanto como era el de los enemigos? *¿Y cómo es posible dejar de perderse fuerza que no es socorrida, y más cuando la cercan enemigos resueltos y porfiados, y en su misma tierra?*" ¿Qué me decís vosotros los estrategas de las recientes campañas, qué me decís de estas proféticas y axiomáticas palabras de nuestro soldado, si se os acuerda el nombre de Santiago de Cuba y el más reciente de Puerto Arturo? Verdades de sentido común, ó de Pero Grullo, como éstas, se le escondían entonces á quien dirigió la campaña. y un joven soldado raso las proclamaba tal vez sentado en una caja, en el muelle de Trápani, en corro de militares y marinos que aguardaban á que la tempestad amainase para socorrer á la Goleta, mientras de allí se recibían noticias desoladoras.

Ya se ve cuán grave error sería hablar de Cervantes como de un soldado vulgar ó pintar los hechos de su vida bélica al estilo stendhaliano, cual si Miguel, metido en las filas del tercio de Figueroa, que de día en día iban engrosándose y cubriéndose de gente hasta formar casi un Cuerpo de ejército, hubiera sido uno de tantos soldados inconscientes, sólo benemérito por su bravura en tal ó cual ocasión. "Perdióse también el fuerte — dice; — pero fuéronle ganando los turcos palmo á palmo, porque los soldados que

lo defendían pelearon tan valerosa y fuertemente, que pasaron de veinticinco mil enemigos los que mataron, en veintidós asaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano de trescientos que quedaron vivos; señal cierta y clara de su esfuerzo y valor y de lo bien que se habían defendido y guardado sus plazas. Rindióse á partido un pequeño fuerte ó torre que estaba en mitad del estaño (estanque), á cargo de D. Juan Zanoguera, caballero valenciano y famoso soldado. Cautivaron á D. Pedro Portocarrero, general de la Goleta, el cual hizo cuanto fué posible por defender su fuerza, y sintió tanto el haberla perdido, que de pesar murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. Cautivaron asimismo al general del fuerte, que se llamaba Gabrio Cervellón, caballero milanés, grande ingeniero y valentísimo soldado. Murieron en estas dos fuerzas muchas personas de cuenta.... Rendidos, pues, la Goleta y el fuerte, los turcos dieron orden de dismantelar la Goleta, porque el fuerte quedó tal, que no hubo qué poner por tierra; y para hacerlo con más brevedad y menos trabajo, la minaron por tres partes, pero con ninguna se pudo volar lo que parecía menos fuerte, que eran las murallas viejas....."

Todo esto que escribió Cervantes razonándolo en la prudencia del cincuentón, lo sintió en lo más hondo de su alma veinticinco ó treinta años antes. No era él un soldado que no se enterara de los sucesos ó á quien no le afectaran como propios suyos. Lo que en las palabras del cautivo nos sabe á amargura y tristeza y nos hace rumiar otros malos bocados que nos hemos tragado por fuerza en tiempos recientes (generales muertos de pesar, como D. Pedro Portocarrero, fuertes volados, plazas entregadas, soldados cautivos) debió de ser rabia y cólera en su corazón cuando tales desventuras tocaba de cerca. Furioso y encolerizado escuchó los relatos de lo ocurrido en la Goleta. Encolerizado y rabioso debió de embarcarse como embarcó Don Juan, ya á la desesperada, con los mejores soldados del tercio de Figueroa y del de Padilla en las naves que á mano hubo, y su furia, cual la del propio D. Juan, debió de aumentar al hallarse entregado á la procela de las ondas bravas y siendo juguete de ellas, amenazado



de morir estúpidamente sin gloria ni provecho en una borrasca del Mediterráneo.

Perdiéronse en aquella inútil salida muchos hombres. Miguel miró con ojos espantados cómo se los tragaba el mar. Miguel sufrió las fatigas y pesadumbres innumerables de la tormenta á bordo: vió deshecha y dispersa la escuadra en varias ocasiones, perdidos los barcos en medio del turbulento mar. Lograron, por fin, reunirse en Trápani, en el extremo de Sicilia, y cuando se reunieron, ya se había rendido la Goleta. De la melancolía y pesadumbre del cautivo inferimos la desilusión de Miguel, reflejo del desengaño de D. Juan. No bastaban para todo, el brío y la decisión. Algo, mucho, lo más quedaba pendiente del acaso y de las malas voluntades ajenas.

El Ejército y la Armada, inútilmente agotadas sus fuerzas, volvieron á Nápoles el 29 de Septiembre de 1574; ¿pensáis que á descansar? No, sino á pasar nuevos apuros. A las catorce compañías de Figueroa se les debían 50.000 escudos, según la relación del contador Sancho de Zorroza. La eterna figura española del soldado menesteroso, roto, descalzo y hambriento, que azota las calles,

cansado del oficio de la pica,  
mas no del ejercicio picaresco

volvió á verse más abundante que nunca de un lado para otro en Nápoles y Sicilia.

No era Miguel hombre á quien los *tartaleos* de la fortuna militar acoquinasen. Eran aquellas, como él mismo dijo, *sus horas frescas y tempranas*. La pesadumbre de la inútil jornada no había de turbarle el espíritu mucho tiempo. Pronto, los soldados de Figueroa disemináronse por Sicilia y Nápoles. D. Juan volvió á España para tratar de su infantazgo y de su nombramiento de lugarteniente de S. M., acaso también para pesar y medir las causas verdaderas de las dificultades que en la pasada empresa se le habían puesto y podrían ofrecérsele en las futuras. Aguijado cada vez con más fuerza por los insoportables dolores que le daba la herida del muslo, regresó también á España D. Lope de Figueroa, en busca de alivio. Quedó el ejército á cargo del Duque de Sessa, y al de D. Martín de Argote el tercio de Figueroa.

Tan sobrado de libertad, como falto de dineros, Miguel se dió á la vida alegre de la ancha, risueña, grandiosa y descuidada Nápoles.

Esta ciudad es Nápoles la ilustre  
que yo pisé sus ruas más de un año...

Ya se ha dicho que fué Nápoles la ciudad italiana que más amó Miguel. En ella pasó los más felices y solazantes cuartos de hora de su vida. "Sonábale bien aquel *ecco li buoni polastri, piccioni, presutti e salciccie*, con otros nombres de este jaez, de quien los soldados se acuerdan cuando de aquella parte vienen á estas y pasan por la estrechez é incomodidades de las ventas y mesones de España." Pero no era solamente la abundancia y gusto de las hosterías lo que le alborozaba y le hacía proclamar á Nápoles "ciudad á su parecer y al de todos cuantos la han visto, la mejor de Europa y aun de todo el mundo", la ciudad

... donde echó el resto  
de su poder naturaleza amiga  
de formar de otros muchos un compuesto.  
Vióse la pesadumbre sin fatiga  
de la bella Parténope, sentada  
á la orilla del mar que sus pies liga.  
De castillos y torres coronada,  
por fuerte y por hermosa en igual grado  
temida, conocida y estimada...  
de Italia gloria y aun del mundo lustre,  
pues de cuantas ciudades él encierra  
ninguna puede haber que así le ilustre,  
apacible en la paz, dura en la guerra,  
madre de la abundancia y la nobleza,  
de eliseos campos y agradable sierra...

Dilatóse en Nápoles el espíritu de Miguel y en aquella plétora de vida que á todas horas arroja á los ciudadanos de sus casas á la calle y de la calle á la campiña, siempre bien humorados, burlescos, pendencieros, disfrutadores del hoy, desconocedores del mañana, recobró y templó la serenidad que de niño adquiriera en Sevilla, la Nápoles de España. Como las calles de Sevilla, y más en grande, las calles de Nápoles y sus muelles y sus alrededores,



eran una perpétua fiesta; cantes, bailes, amoríos, sabrosos coloquios, interesantes patrañas, pendencias notables, caminatas notabilísimas á la busca del buen tiempo y de la huelga, generosidad en pobres y en ricos, esplendidez en el cielo bonachón y en el aire amigo que favorecen al menesteroso dejándole dormir al relente y soñar á toda hora. El cielo napolitano es azul de turquesa á la mañana, azul de zafiro á la tarde. Miles y miles de prójimos y prójimas se levantan todos los días resueltos únicamente á vivir sin saber cómo, ni de qué. Naturaleza allí es madre y aún más que madre, abuela, que mima y agasaja á sus nietos y les perdona las picardías y mocedades.

Lozano y jarifo andaba Miguel por aquellas rúas y por aquellos campos, á ratos en pos de una bermeja Nísida, "que gustaba en extremo de sus desenvolturas", á ratos conociendo y estudiando las artimañas de los judíos que pululaban por la ciudad, tal vez tratando de cerca á los *lazzaroni* desocupados y á los bandidos calabreses, ya entonces famosos, como aquel Pirro del *Persiles*, "hombre acuchillador, impaciente facinoroso cuya hacienda libraba en los filos de su espada, en la agilidad de sus manos y en los engaños de su Hipólita (su coima), y en la diligencia de sus pies que los estimaba en más que las manos... que nunca faltan á estas palomas duendas, milanos que las persigan, ni pájaros que las despedacen; ora en cortejo y seguimiento de otras tales como esta Hipólita, "dama cortesana que en riquezas podía competir con la antigua Flora y en cortesía con la misma buena crianza"; ora ruando por Nápoles del brazo de su grande amigo

.....llamado Promontorio  
mancebo en días, pero gran soldado.

El trato y amistad de Miguel con este ignorado personaje, de quien nada sabemos, debió de ser tan íntimo y frecuente que, ya sesentón, al enjugarse el ánimo abatido en el dulce recuerdo de Nápoles, aún se imaginaba encontrar en la calle á Promontorio y...

Mi amigo tiernamente me abrazaba  
y, con tenerme entre sus brazos, dijo  
que del estar yo allí mucho dudaba.  
*Llamóme padre y yo llaméle hijo,*

*quedó con esto la verdad en punto,  
que aquí puede llamarse punto fijo.*

*Díjome Promontorio:— Yo barrunto,  
padre, que algún gran caso á vuestras canas  
las trae tan lejos ya semidifunto.*

— En mis horas tan frescas y tempranas  
esta tierra habité, hijo, le dije,  
con fuerzas más briosas y lozanas,  
pero la voluntad que á todos rige,  
digo, el querer del cielo, me ha traído  
á parte que me alegra más que aflige....

¿Qué arcano ocultan los versos subrayados? ¿Quién era ese soldado joven, que podía llamar á Miguel padre, dejando con ello la verdad en su punto? ¿Tenía algo que ver con la rubia napolitana Nísida, de la *Galatea*? nada se sabe. Pero es seguro que no eran sólo las hosterías, los pichones y las salchichas lo que en Nápoles deleitó y regocijó el alma de Miguel. Nápoles fué, sin duda, el lugar de sus gratos y felices amores. Nápoles se le apareció siempre en sueños, hasta en sus días ancianos, *semidifunto*, como él mismo dice, burlándose con urbanidad y sin bajeza, de sus propias canas. En Nápoles se hizo hombre del todo. Quizás allí le sonó la hora misteriosa del amor fecundo.